

# ZAMORA VICENTE Y LA ENSEÑANZA DEL ESPAÑOL LENGUA EXTRANJERA EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XX

Belén MORENO  
Universidad Antonio de Nebrija

El prestigio de don Alonso va mucho más allá de nuestras fronteras. ¡Sin duda! Recuerdo que, cuando visité Harvard tuve una entrevista con el Director del Departamento de Lenguas Romances, Prof. Eps. Me recibió en un despacho recubierto de estanterías abarrotadas de libros. Había libros por el suelo, la mesa, por todas partes. Nunca había visto nada similar. Pensaba yo hablar de la enseñanza del español, de la «nueva metodología» pero al final hablamos de literatura. Hasta que dio un salto y se levantó, buscó con rapidez sorprendente un libro que localizó al instante y me lo mostró con mucho orgullo: Zamora Vicente: *De Garcilaso a Valle-Inclán*. La conversación fue sobre la habilidad de Zamora para desgranar el significado de la obra de Valle y de los clásicos españoles. Aquel hombre estaba muy orgulloso manifestándome sus conocimientos y, yo me sentía emocionada por conocer, en persona, al insigne autor de aquellos libros.

Efectivamente, sus estudios sobre literatura son referencia obligada para todo el que desee adentrarse en nuestras letras. Así mismo, se puede constatar en todo el mundo de las letras hispánicas que cualquier persona que haya asistido a una Facultad de letras ha estudiado la dialectología de manos de Zamora Vicente. Igual da si es mejicano, chileno, argentino o de cualquier otro país del mundo que tenga una formación seria en Lengua Española, ya sea en Francia, Dinamarca, Estados Unidos, Portugal, etc. Su obra ha viajado por todas partes y el propio don Alonso también tuvo unos años muy movidos impartiendo cursos, dictando conferencias y trabajando tanto en el viejo como en el nuevo continente.

Su obra y su persona han sido muy viajeras pero lo que más ha viajado es su palabra, sus sabios mensajes sobre el español de la calle, la vida cotidiana en España, la cultura (historia, arte), la etimología de las palabras, las producciones del habla de cualquier rincón, ciudad, montaña o valle; y muy especialmente sus comentarios sobre la literatura española: la picaresca, Cervantes, Garcilaso, Lope, Quevedo y por supuesto, Valle, Juan Ramón, etc.

Los mejores portadores de las palabras de don Alonso, además de sus libros, han sido sus propios alumnos, españoles y extranjeros, que han dejado sus testimonios sobre lo que aprendieron, sobre cómo lo aprendieron y, sobre todo, sobre el propio profesor Zamora Vicente. Basta recordar las palabras de Pedro Peira en el homenaje que le rindieron en Madrid, en 1988<sup>1</sup>:

---

1 VVAA, *Homenaje a Alonso Zamora Vicente. Historia de la lengua. El español contemporáneo*, Castalia. Madrid, 1988.

Las clases de Zamora Vicente que yo conocí eran el mejor ejemplo de cómo abrir horizontes a los alumnos, la mejor manera de enseñar a discurrir por cuenta propia.

Y de él decía:

Vive para enseñar, para compartir los saberes, para transmitir un hallazgo sin sobrevalorarlo ni adornarlo de una oratoria pulida y artificial.

Nos proponemos en esta presentación escudriñar en la vida docente de Zamora Vicente, concretamente en lo que se refiere a la enseñanza de la lengua y la literatura españolas a extranjeros, y pretendemos recorrer de su mano estas disciplinas desde que se imparten en España de forma institucional.

Si nos preguntamos cuándo comenzó a enseñarse el español a extranjeros, nos tenemos que remontar obligatoriamente a Nebrija, quien en el prólogo de su gramática deja claro que su objetivo es que esta gramática sirva para enseñar «a los infieles». No considero yo que sirviera como libro de texto pero, sin duda, sería útil como libro de referencia para los improvisados profesores que enseñaban esta lengua romance en el recién descubierto continente. A falta de documentación, imaginamos que en aquellos entonces la enseñanza estaba a cargo de los misioneros y que estos hombres de la iglesia —cuya misión era evangelizar— enseñaban castellano por necesidad, como lengua vehicular o lengua de comunicación. Intuimos que darían prioridad a la enseñanza del léxico y muy probablemente su soporte era la realidad que los circundaba (señalando un árbol, dirían ‘árbol’, señalando la tierra, dirían ‘tierra’ y así sucesivamente). El objetivo era realmente comunicativo, nacido de la necesidad de comunicarse.

En el viejo continente, en el transcurso de los años del imperio español, las lecciones de castellano se limitaban a los ambientes palaciegos. En general, eran clérigos los que actuaban como preceptores de príncipes, de algunas —pocas— princesas y de cortesanos. Se enseñaban las materias que consideraban más útiles para los futuros gobernantes: latín, historia, oratoria. En los pocos casos en que se enseñaba nuestra lengua, aun fuera de las instituciones docentes, los preceptores seguían el modelo de la enseñanza del griego o el latín. Este modelo consistía en la memorización de paradigmas verbales y listados de palabras con su traducción correspondiente, formación de frases simples, en primer lugar, y compuestas posteriormente gramática y traducción.

Avanzaban los siglos y el latín seguía siendo la lengua de prestigio, la lengua culta, la lengua de las leyes y del la Iglesia. Desaparecido prácticamente el imperio español, fue el francés la lengua que se impuso en las relaciones diplomáticas y así ha permanecido hasta los años 60 del siglo XX. Por esta razón, se han recogido en la literatura española, las figuras del instructor de francés y de la «mademoiselle» que vivía en las casas de las familias más privilegiadas para que sus vástagos tuvieran la práctica del idioma extranjero incorporada en su vida cotidiana. Sin embargo, no encontramos ejemplos equivalentes con el español, no existen «señoritas» en las novelas francesas o inglesas del siglo XIX ni del XX.

De la enseñanza institucional de ELE tenemos constancia de que ya a finales del XIX y sobre todo en el XX se impartían clases de español en algunas universidades —europeas y norteamericanas—. Esta enseñanza institucional —en el seno de una institución universitaria o no universitaria— favoreció desde muy pronto el interés por acudir a España para agilizar el aprendizaje del español en su contexto.

Algunas universidades —sería más exacto decir algunos profesores universitarios— organizan pequeños grupos de estudiantes muy interesados en estar en contacto con la lengua y la cultura españolas.

En el periodo de 1900 a 1925, el hispanista Allison Peers traía un grupo de estudiantes ingleses a Santander en verano. Se impartían entonces las clases en el Instituto Carvajal y más tarde en el Instituto Santa Clara. Se fueron sumando otros estudiantes hasta alcanzar la cifra de 70 en el año 1925.

El Instituto Internacional, institución norteamericana, afincada en Madrid desde 1901, pretendió en primer lugar favorecer la educación de la mujer española y en segundo lugar, potenciar los intercambios culturales y la difusión de la cultura española. Creó ya en 1912 los cursos de verano para extranjeros con la estrecha colaboración de la Junta para la Ampliación de Estudios. En los folletos que anunciaban estos cursos figuraban como profesores: Ramón Pérez de Ayala, Miguel García Morente, Miguel de Unamuno, Américo Castro, Tomás Navarro Tomás, Pedro Salinas. La Primera Guerra Mundial paralizó la actividad hasta que se reanudó en el verano del año 30 y como es fácil imaginar a los grandes maestros los complementaron o los fueron sustituyendo sus propios alumnos, entre ellos Zamora Vicente.

Jaca<sup>2</sup> comenzó su actividad en el verano de 1927 y desde un principio se ofrecieron cursos para extranjeros a los que asistieron 19 estudiantes de cinco países diferentes, aunque 15 eran ingleses. De los diez primeros años de los cursos de Jaca, fue el año 30 el que tuvo más afluencia de alumnos extranjeros: 105. Allí, bajo la dirección de Miral, se impartían cuatro niveles de enseñanza de Lengua y, además, Fonética, Gramática Histórica y Metodología del español; Literatura, Historia, Derecho, Arte y Cultura.

La guerra española impidió que se celebraran cursos entre el 37 y el 40. La II Guerra Mundial motivó la ausencia de extranjeros hasta el año 44 (en la lista de cursos de Jaca aparecen sólo 9 extranjeros matriculados y en el 45, 13). Finalmente, a partir del año 46 se va recobrando la normalidad y año tras año aumenta la presencia de estudiantes no nativos en los cursos de verano que se impartían en Santander y Jaca. En los anales del Ministerio de Educación y Cultura, en el año 48 aparece también el recién creado curso de la Universidad de Oviedo.

Fue también después de la Gran Guerra cuando Zamora Vicente, entonces catedrático en la Universidad de Santiago, organizó allí los cursos para extranjeros. Se impartieron clases de Lengua y de Literatura, aunque participaron pocos estudiantes.

Después de su experiencia en Buenos Aires, Zamora Vicente comienza su vida más activa como profesor de español para extranjeros.

Don Alonso fundamentalmente les enseña literatura:

Sabía realmente recrear delante de nosotros las obras que estaba interpretando. Tenía el don de evocar con tal plasticidad que, aun sin haberlas leído anteriormente, el alumno podía seguir perfectamente la argumentación crítica del profesor.

(Wido Hempel. Alemania)

Pero lógicamente, no se puede dissociar la lengua de la literatura, así una alumna suya me escribe:

Aprendí de él castellano mucho, e igualmente aprendí sobre el arte y la cultura españolas, también en abundancia.

(Marcela Gregorcová. Bratislava)

<sup>2</sup> Lacasa Lacasa, J., *Jaca, medio siglo de cursos de verano 1927-1980*. Universidad de Zaragoza, 1980.

Zamora Vicente impartió cursos y dictó conferencias en Estados Unidos, Dinamarca, Suecia, Italia, Alemania y otra vez Estados Unidos, Alemania. Era un constante ir y venir.

En los años 60 empezó a dirigir el curso de la Escuela Española de Verano, auspiciado por el Ministerio de Asuntos Exteriores, y que todavía se imparte bajo la tutela de Zamora Vicente. Enseñaba a extranjeros tanto dentro como fuera de España. Participaba como profesor en los cursos de verano de la Universidad Menéndez Pelayo, donde fue Director del Curso Superior de Filología. Así, al menos dos meses de verano estaba totalmente dedicado a la enseñanza de la lengua y de la literatura para los no nativos —julio en Madrid, agosto en Santander—. Además, impartió algunos cursos semestrales en los programas norteamericanos de New York University y de Middlebury College que se desarrollan, desde 1951, en el Instituto Internacional de Madrid.

La metodología que se seguía en los cursos de español en la mayoría de las universidades extranjeras se basaba fundamentalmente en gramática y traducción. Se recurría y todavía se recurre muy frecuentemente a la gramática comparada. Sin embargo, en los cursos internacionales que se celebraban en España, con la excepción de algunos impartidos para grupos monolingües, no se podía recurrir a la traducción. Se aplicaba el método tradicional o método gramatical, que exigía de los estudiantes un aprendizaje de la gramática *per se*, de una gramática descriptiva como si de alumnos nativos se tratara. Aunque a ellos, a los extranjeros, se les exigía más porque, además del análisis morfológico y sintáctico, de la formación de palabras y del estudio del significado, estos alumnos tenían que aprender a usar la lengua. Como apoyo, en algunos cursos se impartían clases de práctica (conversación) y de redacción.

Transcurrieron los 60 y los 70, los cursos para extranjeros iban en aumento año tras año, cada verano aumentaba el número de universidades que ofrecía este tipo de cursos. También se fueron creando centros privados que impartían esta enseñanza durante todo el año. Se publicaron algunos manuales que mostraban la metodología al uso, fiel reflejo del estructuralismo europeo. Surgieron algunos intentos editoriales y algunos otros que recogían las nuevas tendencias metodológicas: el método directo —demasiado próximo al estructural—, el método audiolingual cuyo modelo teórico subyacente era el estructuralismo americano.

Aunque el concepto de competencia comunicativa surgiera a finales de los años 60 (Hymes, 1968) habrá que esperar hasta los 80 para conocer los primeros manuales de español lengua extranjera que se autodenominan «comunicativos». También en los 80 se celebran en Ávila los primeros encuentros de profesores de español/LE para discutir cuestiones metodológicas, y llegan a nuestras manos estudios rigurosos sobre la adquisición de lenguas extranjeras. Es realmente la década del cambio: cambia el concepto de lengua que ahora se concibe como un instrumento, un medio para la comunicación, se cuestionan el aprendizaje y la enseñanza de las lenguas extranjeras, se aplican nuevos enfoques en la didáctica de las lenguas extranjeras.

Desde los primeros años 80, los departamentos de inglés están modificando en todos los niveles de la enseñanza —reglada y no reglada, niños y adultos— sus enfoques metodológicos, sus programas y sus recursos. Se impone el método nocional-funcional. El modelo se adopta también en muchos programas de español. En las primeras aplicaciones del enfoque comunicativo, la gramática es absolutamente ignorada en los manuales —me atrevería a decir que, en muchos casos era una mera jactancia un tanto alejada de la realidad docente—. A lo largo de estas dos últimas décadas, hemos vivido una evolución constante en los planteamientos metodológicos, de forma que la enseñanza del español lengua extranjera ha cambiado sustancialmente, desde los primeros pasos del enfoque comunicativo hasta la madurez del enfoque comunicativo actual.

Pese a todos estos cambios, los cursos de español ofrecen esencialmente las mismas clases: lengua, literatura, historia, arte, etc. Hay en todos ellos, e intuyo que lo hubo siempre, un enfoque metodológico centrado en el alumno más que en los contenidos. Ha cambiado sustancialmente la clase de lengua, y en los casos en los que se separa la materia de Gramática, ésta también se enseña con un enfoque funcional como soporte del significado, se han incorporado los principios de la pragmática y el fin último de estas enseñanzas es favorecer la adquisición de la lengua para comunicarse.

Seguía creciendo el número de estudiantes extranjeros en España. Hoy se cifra en 150.000 al año, según datos de TourEspaña. Se multiplicaron los cursos en universidades, escuelas de idiomas y centros privados, como venía publicando el Ministerio de Educación. Ahora también es posible consultar todos los centros en la página electrónica del Instituto Cervantes. Son casi 200 los centros que se dedican parcial o totalmente a impartir cursos de español. Se ha diversificado la procedencia de los alumnos, aunque siguen dominando con mucho los europeos (60%), especialmente Alemania (21%), seguidos de Estados Unidos (17%) y de Japón (8%). Con estas cifras queda claro que la enseñanza de ELE ha adquirido un volumen importante, sin embargo todavía no es suficientemente valorada en la vida académica.

A finales de los 80 surge la necesidad de formar profesores de español lengua extranjera por la demanda creciente en el sector y porque se empieza a valorar la especialización del profesorado. Zamora Vicente dirige los cursos para profesores de la Escuela Española de Verano. En el 1990/91 nacen los primeros programas máster. La formación básica recibida en Filología Hispánica no es suficiente para impartir una docencia eficaz para enseñar la lengua a los no nativos, porque esta docencia exige un dominio de la materia —la lengua española—, de su gramática en el sentido más amplio, que incluye, además de la morfología y la sintaxis, la semántica y la pragmática. Un conocimiento de la didáctica de lenguas extranjeras hará posible que el profesor de ELE enseñe la lengua a partir de objetivos comunicativos, integrando contenidos funcionales, gramaticales, léxicos y socioculturales, mediante actividades de aprendizaje y de comunicación, que integran las diferentes destrezas lingüísticas. Al buen profesor de español lengua extranjera se le exigen muchos conocimientos sobre la lengua y sobre la didáctica de las lenguas extranjeras, además de un dominio de técnicas y habilidades que permitan al alumno adquirir la lengua para conseguir comunicarse con ella. Pero esto no es suficiente. Tiene que tener unos vastos conocimientos de su cultura y, en la medida de lo posible, de las diferentes culturas de sus estudiantes. También es muy útil para el ejercicio docente saber un poco de arte dramático, tener algunas nociones de psicología, tener conocimiento de otras lenguas, tener intuiciones, paciencia, pasión, capacidad de dominar la quinesia. No quiero agotarles pero tampoco puedo olvidarme de la necesidad que tienen los profesores de tener conocimientos de folclore, gastronomía, antropología, cultura cotidiana, actualidad, política, música, sociedad, etc., etc... Todo ello es necesario para impartir un buen curso de español a estudiantes extranjeros. ¿Les parece que el profesor de español puede pasar tan sólo un día sin ampliar su formación? Hay que ser un sabio como Zamora Vicente para cubrir todos estos frentes. Por añadidura, él tiene el don de la palabra que a otros también nos falta. Las razones que nos han motivado para destacar la vida docente que don Alonso ha dedicado y sigue dedicando a los alumnos y profesores de español lengua extranjera no son otras que servirnos de su figura para dignificar nuestra profesión.

Al centrarme en la labor docente de Zamora Vicente dirigida a estudiantes y profesores de español, me planteé hacer una pequeña investigación sobre la enseñanza de ELE en España durante el siglo XX. Nunca había caído en mis manos ningún estudio al respecto y, como

representante de la Universidad Antonio de Nebrija en este congreso, me parecía que podía ser una buena aportación.

Comencé enseguida la búsqueda de fuentes de información: estudios específicos —prácticamente inexistente—; documentación en los ministerios —nada o mínima—; artículos —nada, ninguno—; información de las universidades que impartieron cursos antes del 75 —sin éxito—, con la excepción de Jaca. Mi búsqueda infructuosa me hizo comprender que no se hubiera publicado nada al respecto. Decidí entonces presentar aquí unas notas sobre el tema y pedir ayuda para finalizar este trabajo, que hoy por hoy contiene pocos datos, aunque es posible que algunos lo agradezcan porque las cifras son pesadas para escuchar.

En definitiva, como se suele decir en la defensa de una tesis doctoral: el tema es inabarcable y necesita complementarse con estudios posteriores. Espero que, en esta ocasión, esta muletilla se haga realidad y alguien recoja el testigo.

BERDUGO, O., «Anatomía de un nuevo sector», en *Cuadernos Cervantes*, 2002, nº 30, págs.: 45-51.

LACASA LACASA, J., *Medio Siglo de Cursos de Verano*, Ed. Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 1980.

ORIVE CASTRO, E., «Alonso Zamora Vicente», en *Boletín de la Asociación de Profesores de Español*, 2001, nº 40 (septiembre-diciembre).

VV AA, *Homenaje a Alonso Zamora Vicente. Historia de la lengua. El español contemporáneo*, Castalia, Madrid, 1988.

ZAMORA VICENTE, A., *Compostela, Años Atrás*, Ed. Universidad Santiago de Compostela, Santiago de Compostela, 1992.

— *Profesionales. Conocer y Ejercer: La Filología*, Acento Editorial, Madrid, 1993.

— «La Escuela de Verano Española» en *Las Direcciones Generales de Relaciones Culturales y Científicas 1946-1996*, Ministerio de Asuntos Exteriores. España, Madrid, 1996.